

algunos cañonazos desperdigados del enemigo. Me han dicho que hace cuatro o cinco días hubo un cañoneo brutal. Al pensar esto, me acuerdo de un cine en plena Gran Vía, bajo los criminales obuses de Alemania, en el que estuve a punto de entrar esta tarde; pero me di cuenta a tiempo de que echaban una película ¡alemana!, hecha por los alemanes de Hitler, por una casa productora nazi: por nuestros enemigos. Es inconcebible.

21 octubre

Voy a preguntar a mis compañeros, mañana en cuanto con ellos vuelva, a ver si les pasa como a mí. Siempre que veo en el cine o en un libro cosas que me demuestran que la Unión Soviética pasó por los mismos trances que nosotros pasamos, que conoció los mismos días amargos, las mismas situaciones difíciles, que tuvo que hacer frente a idénticos problemas y que los resolvió exactamente igual a como nosotros lo vamos haciendo, me siento más firme en mi optimismo. Todas las vacilaciones que haya podido sentir se me borran. Me digo, no hay duda de que así es el camino.



Todavía el mal teatro, las cupletistas viejas cantando estúpidas obscenidades.

He visto hoy en la Zarzuela la obra de un escritor soviético en la que se refleja los días confusos por



que pasó Rusia cuando con unas fuerzas faltas de disciplina, sin suficiente formación militar tuvo que defenderse de la invasión de los ejércitos extranjeros. A lo largo de *La tragedia optimista*, que se llama, se vé cómo aquellas tropas desorganizadas van cuajando en un potente Ejército del pueblo. Una por una, las escenas parecen cogidas de nuestra realidad; uno por uno, se repiten los pasos por donde hemos andado, por los que nos vamos acercando, contra viento y marea, como los camaradas de la Unión Soviética hicieron, a nuestra segura victoria y a nuestro formidable porvenir.

EL CAMPO, DE REGRESO

22 octubre

Voy a escribir mis notas antes de irme a dormir, no porque tenga que poner algo que no quisiera que se me pasara, ni mucho menos. Casi no tengo de qué escribir. Si lo hago es sólo porque me gusta esto, volverme a ver en el campo como en días antes, anotando mis impresiones en el diario. La noche es hoy también maravillosa, llena de calma. La siento más, me entusiasmo escribir a la luz de una vela, oyendo las hojas de los árboles.

Me alegro de haber vuelto al campo hoy; quizá haya estado en Madrid los días justos para que no se me hicieran demasiado largos, no empezara a sentirme incómodo, sin saber con qué llenar el tiempo de sobra, remordiéndome la con-



En el camión, de regreso.

ciencia por perderlo cuando tan necesario es no distraer de él ni una mínima parte a la lucha que sostenemos.

Me cuesta trabajo confesármelo. Pero no quiero engañarme. No me había vuelto a ocupar de ella, no he sabido siquiera que me importaba algo hasta que después de haberla visto nos hemos separado de nuevo. Sólo el acordarme de ella me produce ahora una especie de tristeza.

Cuando volvía, desde lo alto del camión, según iban pasando estos silenciosos campos de trigo bajo un cielo gris, no hacía más que pensar en ella. Luego, al llegar aquí, mis compañeros, sus bromas, la alegría de verme con ellos otra vez me ha distraído por completo de todo. Es ahora cuando me vuelve más fuerte que nunca su recuerdo.

Me molesta pensar que a lo mejor estoy enamorado, aunque después de todo comprendo que nada tendría de extraordinario. No entiendo lo que me pasa, y temo que si le doy a todo esto más vueltas me voy a poner de mal humor. Basta de sentimentalismos.

